1985

CHARLA SOBRE EL LIBRO "MEMORIA DE TERREMOTO", EN LA PEÑA FLAMENCA "JUANITO VILLAR", DE CADIZ, EL DIA 15 DE MARZO DE 1985.--------------------

Cuando la Cátedra de Flamencología se propuso editar una colección de libros de bolsillo, con el nombre de Biblioteca de Temas Flamencos, no dudó ni un instante en dedicar el primer volúmen de dicha colección al recuerdo de una de las figuras más grandes del cante de Jerez, de los últimos tiempos. Y así nació la idea de este libro, que lleva por título "Memoria de Terremoto".

"Memoria de Terremoto", porque en él hemos querido recoger una serie de trabajos en prosa y en verso que, a lo largo de su vida artística, suscitó el cante de este gran artista gitano. Trabajos que aparecieron en publicaciones diversas, en periódicos, en revistas especializadas, en las carpetas de sus discos y en algunos otros libros, escritos por destacados especialistas.

Así, de esta forma, el libro se convertía en un homenaje peremne, en un monumento literario a la memoria del llorado cantaor jerezano. Nosotros, únicamente, nos limitamos a recopilar esos trabajos, debidos a plumas insignes de la Flamencología, en su mayoría, como Caballero Bonald, Fernando Quiñones, Rios Ruiz, Blas Vega, José María Velázquez y otros prestigiosos autores y estudiosos, para dar forma a este libro, ilustrado por dos pintores jerezanos de la talla de un Paco Toro y un Gutierrez Montiel y conteniendo un buen número de fotografías inéditas del archivo gráfico de la Cátedra de Flamencología.

Fernando Terremoto, de esa manera, ha quedado inmortalizado, aparte de por sus cantes, que están recogidos en discos, por medio de este libro, realmente ambicioso en su contenido, que dejará para siempre una grata "Memoria", entre los aficionados.

Sirvieron de base a la publicación, los originales de trabajos literarios que fueron leidos en la sesión necrológica

celebrada en la Cátedra, a los dos meses justos de su muerte tan inesperada.

En aquella ocasión ya acordamos publicar el libro que, en un principio, llevaría cuanto se habló, que fué mucho y bueno, en aquella noche memorable, cuando todavía estaba caliente el recuerdo de Fernando.

Intervinieron en aquel acto, el Dr. Valencia, médico y amigo personal de Terremoto, el hombre que le curó de su primera muerte, pero que no pudo llegar a tiempo a la segunda. El Dr. Valencia hizo un admirable retrato sicológico del genio que se nos acababa de ir, y recuerdo que, entre otras cosas, todas muy atinadas, llegó a decir, y recogido quedó en las páginas de este libro, que "como artista, cantó la vida y le cantó a la muerte; vivió su vida y despreció la muerte".

Su médico, mejor que nadie, conocía las causas del Terremoto vehemente y agresivo, que pasaba rapidamente de la alegría a la tristeza y que siempre reaccionaba con rapidéz al ambiente que le rodeaba. "Ese era uno de los grandes misterios de Fernando --dice el Dr. Valencia--; era un hombre seguro de sí mismo, que llenaba inmediatamente el lugar donde se encontraba o el escenario donde se presentaba y esa facilidad en el cambio de su estado anímico influyeron en que, aunque era un cantaor de muchos y personales palos, su temperamento hipertímico le inclinaba o a la alegría desbordante de la bulería o a la sublime tristeza de la seguiriya".

El peñista y gran aficionado jerezano, Antonio Benitez Manosalbas diría, en aquella ocasión que Terremoto fué un maestro del cante. "Anárquico, si quereis, pero genial siempre. Poderoso, con rabia en la sangre cantaora, haciendo fácil lo que era muy difícil de hacer. Y cantaba porque sí, porque sólo sabía hacer eso y ese era su destino."

Para Benitez Manosalbas, "su eco, su rajo gitanísimo, hacía que muchas veces ni nos importara lo que cantaba, sino cómo lo cantaba"... porque "en Terremoto todo era flamenquisimo, su cante, su baile, su forma de estar sobre las tablas; rebosaba arte por todos sus poros". "Terremoto era arte puro".

El crítico y comentarista de radio, Pepe Marín, resaltó un aspecto muy singular del arte de Fernando: sus propios compañeros, las demás figuras que actuaban a su lado, se acercaban siempre al tablao, para escucharle en silencio.

Ocurría con Fernando, lo mismo que con su paisano El Paula. Cuando Rafael está a gusto toreando, sus compañeros de terna disfrutan al verlo torear. Tras la barrera o en el ruedo, con los capotes plegados, sus compañeros admiran el arte del Paula. Igual pasaba con Terremoto. Había que escucharlo, porque era un fuera de serie.

En este libro se le llama a Terremoto de varias maneras: monstruo, genio del cante, monje del gran misterio, rey Fernando, artista de la vida, heredero de Manuel Torre, fenómeno, tormenta del compás, y César de la bulería, entre otras cosas, a cual más sustanciosa. Y en verdad, que Fernando el Terremoto era todo eso y mucho más. Era distinto, fenomenal, gitanísimo cantando. Era un ciclón de sonidos negros, fragua vida del cante más puro, jondo y flamenco, de todos los tiempos.

En este libro está recogido todo lo mejor que se pudo decir de Terremoto de Jerez, una de las figuras más importantes y geniales del cante de este siglo, entroncada en la mejor tradición cantaora de la llamada escuela de Jerez, a la que pertenecieron Diego el Marrurro, el señor Manuel Molina, Mercé la Serneta, Paco la Lú, el coloso Manuel Torre, El Gloria, Antonio Frijones y Juanito Mojama, entre otras extraordinarias voces gitanas.

Manolo Ríos Ruiz dice que "Terremoto, su cante, era --¿es?-- una ráfaga alucinadamente sonora, real y surrealista a la vez.Su voz, con solo surgir, alzarse y proferir sonidos jondos, abismales, enigmáticos, nos valía de por sí misma, porque en ella se daba lo que podríamos llamar la orza del cante, esa órbita de la que brota lo airoso desde lo profundo, una expresión tan densa y escalofriante en sus quiebros y rompimientos, que eleva como un levante los adentros".

Y Ríos Ruiz acierta cuando dice, y recogido queda en este libro, algo tan tremendo como ésto:"Escuchando a Terremoto nos apercibíamos de que estaba cantando por todos, por los vivos y por los muertos. Por eso, su importancia artistica está fuera de cacho y de techo,

porque llevaba el son, el júbilo y el dolor de su raza dentro de la carne y era ejemplo máximo de esa tendencia a lo espiritual que caracteriza lo verdaderamente jondo, pues aunque dejara de pronunciar un verso entero de la copla, no importaba lo más mínimo, su sentido quedaba adivinado, intuído, explícito en el quejío, en el deje, en la caía melódica, intrínseco en lo embrionario, ya que así no solamente suplía a la palabra, sino que rebasaba su significado en grandeza expresiva, a fuerza de pureza y atavismo. Terremoto nació para el cante y puede decirse que murió cantando".

El crítico de flamenco de "El País", el flamencólogo Angel Alvarez Caballero, dejó dicho que, cuando cantaba como él sabía hacerlo, "el cante de Jerez encuentra, quizás, su más genial intérprete, con duende y con angel, con una voz rota pero llena de musicalidad, con ecos de un rajo ancestral que estremecen".

Otro ilustre escritor, poeta y flamencólogo, el jerezano Caballero Bonald, dice en las páginas de este libro "Memoria de Terremoto" que Fernando era "un personaje marginal y enigmático. Parecía que todas sus memorias y conocimientos estaban limitados al mundo gitano de Jerez. Es decir, a una sabiduría analfabeta, acaso oxidada por la intemperie, pero de un extraordinario dinamismo intuitivo. Sus ideas tenían algo de madera surrealista,envinada en las viejas tabernas de su nativo barrio de Santiago... No podía explicar lo que pensaba, sino por medio del atávico recurso de un grito. Cruzó por la vida como un extraviado, como un humilde y suntuoso portavoz de su pueblo".

Para Caballero Bonald, "Terremoto enlazaba de hecho con esa nómina de cantaores altivos y errabundos, que atravesaron XIX, como atraviesa un cuchillo la piel de la noche. Era de la misma emblemática casta que sus paisanos Paco la Lú y el Loco Mateo, Joaquin la Cherna y Diego el Marrurro, Antonio Frijones y Manuel Torre, gitanos todos ellos que apenas pudieron escapar de la indigencia y

fueron los más fecundos transmisores de la riqueza artistica del flamenco. Toda una herencia viva todavía. Como seguirá estándolo la de Fernando Terremoto."

Para el erudito flamencólogo José Blas Vega, el cantaor de Jerez era "el heredero de los sonidos negros y de las posturas vitales de Manuel Torre" y quien, por otra parte, "cierra la historia de la seguiriya jerezana".

Cuando murió Fernando, la revista "Candil" dijo que "se asomaron a su cante, toda la marginación, todo el estrépito de la sangre perseguida, y los gestos albriciados, y las bocas saqueadas y la vida atónita. Se asomaron a su cante los viejos maestros del arcano, la seguiriya, grito o dentellada desde la raíz. Se asomaron a su cante todo maestro pasado desleído, todos los nombres silenciados de una tribu irrepetible".

Todo eso está en este libro "Memoria de Terremoto". Y no son tan sólo cosas más o menos bonitas. Son verdades como puños, que nos retratan a nuestro insólito personaje, tal cual. Como era Fernando, en vida y en vilo, con el sol y las sombras de sus caras, según le brotara el cante macho y hombruno, pariendolo a dentelladas, con estertores y quejas milenarias. Yo lo conocí de niño, cuando con 6 o 7 años, ya mamaba el cante y el baile le serpenteaba por sus pies descalzos de gitanillo sucio de la calle Nueva, bailando por los tabancos y las casapuertas de nuestro barrio de Santiago, tan negro como un tizón y tan travieso como un diablillo.

En este libro que hemos escrito a su memoria un buen montón de escritores y poetas, flamencólogos y aficionados, amigos suyos todos y admiradores entregados e incondicionales, tambien están los versos que cantan su perfil inmortal de maestro y artista grande del cante de nuestra época, la que nos ha tocado vivir y compartir con él a todos nosotros, los que le hemos conocido y hemos temblado muchas veces de escalofrío, con el repeluco del pellizco de su grito estremecedor y único.

Versos de Manolo Ríos que dicen de cómo le crecía en la boca, a Terremoto, cuando cantaba,"una amapola de fuego"...

Y Terremoto levanta
- fiel sonido de lo negro -
una torre con campanas,
repicando siempre a muerto.
Es su amarga seguiriya
o la voz del desconsuelo.

Y Pepe González dirá, el mismo día en que enterramos a Fernando:

Ya eres sólo la pena que se ha ido,
dejando entristecidos los senderos;
quedándose en recuerdo plañidero
tu voz, quebrada y rota, sin sentido.

El gitano Antonio Gallardo empezaba su soneto, dos meses después:

Se te quebró la voz como una caña
enraizada en tierras de secano,
cuando la sombra ardiente del verano
se desplomaba como una montaña.

Era agosto caliente, cuando Antonio Murciano hechaba al buzón, en Arcos, su "carta abierta a Fernando Terremoto, por el cielo de Jerez" en la que le decía...

entre llanto y entre versos,
que de los grandes del cante
fuiste el cabal heredero,
el que mejor te templaste,
el de más gitanos ecos,
el que se quejó más hondo
y cantó más hacia adentro.

El abogado poeta de la tierra de la manzanilla, Benito Pérez se refería al testamento artístico de Fernando Terremoto:

Fué oral tu testamente. Quedó dicho
en tu protocolaria seguiriya.
Firmado y rubricado
con el último grito de la angustia,
rematado en quejido.

Otro poeta gitano, Zarzana Palma, dirá lorquianamente:

Llorando por seguiriyas,
van los metales del cante;
preguntando por Fernando,
sin que les conteste nadie.

Y nuestro gaditanísimo Fernando Quiñones, cuando se entera que ha muerto Terremoto, clama en su poema: "Dolor del arte, ya no música".

Y otro poeta gitano más, Heredia Maya llorará por seguiriya "con la voz de Fernando Terremoto". Terremoto que se fué, para siempre, una mañana de domingo, gloria y luto, que yo dije en aquél artículo mío en el periódico de Jerez, que quedó recogido para siempre, tambien, en las páginas de este libro: "Terremoto se nos ha ido, en vísperas de cante y vendimia, cuando Jerez ponía banderas por esquinas de fiestas. La campana gitana de su voz enmudeció para siempre, llevando su apagado eco hasta las más recónditas bodegas del alma jerezana, tras haber repicado, por última vez, por bulerías, sobre los puentes de Ronda.

Tenía dentro de su pecho gigante, monstruo del mejor cante, un corazón de niño, amasado de negros arpegios y trémolos de arte. Cantaba y bailaba con el corazón en la mano, dando a Jerez gloria y alegría. Era un duende de Santiago, que nos entregaba en cada copla su propia vida, el aire que respiraba, la armonía de su grito desgarrado, hecho seguiriya, soleá o bulería.

... Fernando fué creciendo a ritmo de bulerías. No podía ser de otra manera. Bailaba con el sello de los elegidos. El mundo se le quedaba chico para sus gritos dionisiacos. La voz que le manaba como

un chorro de sangre, quedó impresa en discos, que llevaron su fama a todos los rincones del mundo flamenco... El mejor cantaor que se ha roto en Jerez, desde los tiempos de Manuel Torre y El Gloria.

Y ahora... ese rayo que no cesa, esa tormenta del compás, esa alegría mítica que era Fernando Terremoto, acaba de entrar por la puerta grande, en la gloria de los elegidos. La gloria se trunca ahora en luto, para Jerez y para el Arte Flamenco. Pero su nombre está ya, indeleble, escrito con letras de oro, en la mejor Historia del Cante de Jerez.

Fernando y su cante, su largo quejío negro, están vivos todavía, y quiera Dios que por mucho tiempo, en los surcos de sus discos y en las páginas de este libro, escrito en su recuerdo.

Muchas gracias.

Jerez, 15 marzo 1985.-

Juan de la Plata